

# EN TORNO A LA GUERRA DEL PACIFICO

## Capítulo 2

Percy Cayo Córdoba  
José A. De la Puente  
José García Bryce  
Margarita Guerra M.  
Armando Nieto Vélez  
Raúl Palacios R.



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

Fondo Editorial, 1983

# DEL PACÍFICO A LA GUERRA EN TORRENTES

Escrito por  
José A. De la Fuente  
José Carlos Beyer  
Marjorie García M.  
Amanda Nieto Vela  
Raúl Peláez B.

## LAS GENERACIONES EN LA GUERRA CON CHILE

José Agustín de la Puente Candamo

Es aleccionador y sugestivo considerar el ambiente humano del Perú que llegó a 1879. En otras palabras, la materia del estudio es el análisis de las diversas generaciones que conviven en nuestro ambiente cuando se presentó el conflicto con Chile.

Desde muchos puntos de vista, con una metodología u otra, puede desenvolverse la investigación. Ahora nos proponemos, a través de hombres directivos, considerar las diversas generaciones de peruanos en sus hombres más representativos.

Por una razón simplemente cronológica están presentes en esas horas de tantas angustias, ancianos que han nacido en el virreinato, y adolescentes que pertenecen a la década del Dos de Mayo.

De acuerdo con las propias vivencias y la propia historia personales, una u otra es en cuanto a matices o intensidad la imagen total de la República, la memoria de sucesos notables y de los hombres singulares. La misma visión de la fuerza histórica del Perú, de la fuerza de su historia, son distintas según la longitud y la profundidad de los recuerdos personales.

Igual puede decirse para captar mejor la actitud frente a Chile. Uno es el retrato que vive en el hombre anciano; otra es la figura que está presente en el tiempo de la juventud. Para unos, la victoria del Perú aparecería como una especie de gravitación de los siglos; para otros el esquema podría ser más realista y cercano.

En el campo de las fuentes es escaso el material de memorias autobiográficas o de diarios personales que puedan mostrarnos la historia de las costumbres, o que puedan ofrecernos una imagen de las conversaciones y de los temas de cada época. Nunca lamentaremos bastante la ausencia de las memorias que en otros países ofrecen una ancha veta de trabajo.

¿Cuántas generaciones conviven en el Perú de 1879 y cómo podemos tipificarlas? .

Un intento provisional podría proponernos el siguiente esquema:

La generación del virreinato. Los hombres que nacen hasta 1819, inclusive. Es la generación que en los días del principio de la guerra agrupa a los hombres mayores, sobre los sesenta años.

La primera generación republicana es la que convoca a los que nacen entre la proclamación de la Independencia y el ocaso de la Confederación Perú-Boliviana. Es decir, entre 1821 y 1839. Es la promoción de los hombres maduros, los que al momento de la guerra oscilan entre los cuarenta y los cincuentinueve años.

Una tercera generación puede precisarse en un lapso mayor, entre 1840 y 1861, como fechas de nacimiento. Son los hombres que en los días de la guerra, cuando ésta se presenta, oscilan entre los diecisiete y los treintinueve años. Técnicamente sería una generación excesivamente amplia en su cronología; en todo caso, es la generación de los hombres que nacen en la república posterior a la Confederación Perú - Boliviana y anterior al Dos de Mayo de 1866. Es, de algún modo, la generación de la época de Castilla.

Una cuarta generación es la de los niños y adolescentes en las horas del principio del conflicto. Son los hombres de uno a dieciséis años, en 1879.

Evidentemente es discutible el esquema anterior de las cuatro generaciones. Sin embargo, si omitimos los años y pensamos en los conceptos podríamos hablar de una generación de hombres viejos y ancianos; una segunda de hombres maduros; una tercera generación, de hombres jóvenes en pleno ejercicio de su actividad; una cuarta generación, en fin, de la adolescencia y la niñez. Pueden modificarse los extremos cronológicos de uno u otro grupo humano, pero los cuatro conceptos, tal vez, son muy claros.

Desde otro punto de vista puede hablarse de los extranjeros vitalmente unidos al Perú y que integran nuestro conjunto humano. Puede pensarse igualmente, en los hombres nuestros que nacen o que mueren, aparte de los efectos de la guerra, en las horas de la lucha.

Consideremos el caso de la primera generación, la de quienes nacen durante el Virreinato. Es la generación que podemos personalizar en Francisco Bolognesi, quien nace precisamente en 1816, en los días de la conclusión del gobierno de Abascal y del principio del mandato de Pezuela.

Es amplísimo e impresionante el mundo cronológico de la vida de Bolognesi. En verdad cubre todo el siglo XIX. Su experiencia humana

contempla en la niñez un mundo con características muy peculiares y distintas del ambiente que observarán sus ojos en los momentos de heroicas decisiones.

En la enseñanza escolar y ante el lector peruano común aparece el héroe de Arica como la encarnación del anciano venerable. Y esto, en verdad, nos merece un comentario. En 1880, año de su muerte gloriosa, Bolognesi tiene sesenticuatro años de edad que en el concepto relativo del anciano, ante nuestros ojos, no aparecería con el contomo de hombre longevo que muestra la iconografía de la época y que el mismo héroe manifiesta en sus últimos y famosos diálogos.

Del mismo año de Bolognesi, es el General Juan Buendía, militar patriota, que tiene que asumir en la campaña del sur una función tal vez superior a sus circunstancias y a sus posibilidades. El muere en 1895, sin duda con la permanente congoja de los días de Tarapacá.

Si continuamos en la línea de los hombres de armas son interesantes los casos siguientes en esta generación de los ancianos. José Andrés Rázuri, que nace en San Pedro de Lloc en 1792, a muy pocos años de la Revolución Francesa, el hombre esencial en la Batalla de Junín, muere en 1883, el año de la firma del Tratado de Ancón. La vida de Rázuri, casi centenaria, encierra el mundo virreinal del “despotismo ilustrado” y el tiempo republicano del capital, de la industria, bajo el signo de la Reina Victoria.

Manuel Villar, marino combatiente de Abtao y valeroso defensor de Lima en 1881, nace en pleno tiempo de Abascal, en 1810, y muere en 1889. Es otro de los grandes ancianos de la época.

En el mundo de las letras y de la historia advertimos en esta generación a algunos hombres muy significativos.

En 1793, en los días del nacimiento de Rázuri, hay que mencionar a Francisco Javier Mariátegui, el decano sobreviviente de la época de la lucha por la Independencia, estudioso de nuestra historia, antiguo “carolino”, miembro del primer Congreso Constituyente, defensor de la organización republicana, magistrado, autor de las famosas “Anotaciones” a la Historia del Perú Independiente de Mariano Felipe Paz Soldán. Mariátegui muere en 1884.

Del mismo tiempo es José Dávila Condemarin, quien nace en Trujillo en 1799 y muere en Lima en 1882. Vivió los días de la Independencia. Hombre vinculado al ramo de correos, abogado, diplomático, fue Rector de la Universidad de San Marcos.

Manuel de Mendiburu, nombre fundamental en nuestra histo-

riografía, autor del Diccionario Histórico Biográfico del Perú al que siempre acudimos los estudiosos de nuestra historia, nace en 1805, en la época del Virrey Avilés, y muere en 1885. Hombre fino y culto; político inteligente y profundo conocedor del Perú, su nombre ha quedado arraigado en las bases del conocimiento del Perú.

En el mismo mundo de la historia, pertenece a esta generación Juan Basilio Cortegana, quien nació en Celendín en 1801, y murió en Lima en 1877, dos años antes de la guerra. Autor de una interesante historia del Perú que aún permanece inédita, incursionó en la actividad política en diversas circunstancias.

Con Mendiburu, está Manuel de Odriozola, en el meollo irremplazable del conocimiento del Perú. Nació en 1804 y murió en 1889. Estuvo cerca de San Martín, publicó las famosas series de documentos históricos y documentos literarios y fue Director de la Biblioteca Nacional en los días de su increíble destrucción en 1881.

Integra esta generación uno de los hombres más interesantes y originales del Perú del siglo XIX. Es el caso de Manuel A. Fuentes, "El Murciélago" de nuestro mundo literario. Nació en 1820 y murió en 1889, profesor en San Marcos, editor de Memorias de los Virreyes y de una versión reordenada del Mercurio Peruano, hombre polémico, cáustico e irónico, enemigo de Piérola, ha dejado un amplio testimonio de literatura política entrelazada de humorismo y dureza, y unas bellas ediciones dedicadas a la historia de Lima.

El ambiente eclesiástico está presente en esta generación con Manuel Antonio Bandini y Francisco de Asís Orueta y Castrillón, ambos Arzobispos de Lima.

Bandini nació en Lima en los días de Abascal, en 1814, y murió en 1898, cuando Piérola gobernaba el Perú. Carolino, hombre con experiencia pastoral y política, es Arzobispo de Lima en 1889.

Orueta, nace en 1804 y muere en 1886. Carolino como Bandini, profesor en San Marcos, Obispo de Trujillo, es Arzobispo de Lima desde 1875 y maneja con dignidad los días dolorosos de la ocupación.

Una mención singular corresponde a Juan Antonio Ribeyro (1810 - 1886), estudiante en Santo Toribio y en San Carlos; abogado, político, Rector de la Universidad de San Marcos en los días del ingreso a Lima de las fuerzas chilenas.

Símbolo de un mundo ajeno, de un ambiente muy diverso, Juan Gualberto Valdivia, el Deán Valdivia de nuestros recuerdos históricos, pertenece al siglo XVIII. Nace en 1796 y muere en Arequipa en 1884.

Sacerdote, profesor, político, su nombre ha quedado ligado para siempre a las famosas "Memorias sobre las Revoluciones de Arequipa". Es posible que con Fuentes pueda mencionársele como el hombre peculiar en la generación.

Dos gobernantes de significación notoria en el siglo XIX, pertenecen a esta generación. José Rufino Echenique (1808-1887), y Juan Antonio Pezet (1809-1879). La "memoria" de Echenique es un testimonio interesante de un hombre que en su juventud contempló el primer veintiocho de Julio, y que en su ancianidad, aparte de las cosas políticas, es testigo de las horas de mayor postración. Pezet muere el año mismo del principio de la guerra, y con Echenique nace en los años de Abascal.

Antonio Arenas (1808-1891), Manuel Costas (1820-1883), Francisco Diez Canseco (1820-1884), Pedro Diez Canseco (1815-1893), quienes desempeñan interinamente, y en diversas circunstancias, el mando supremo del Perú, pertenecen también a esta generación.

Igual el caso de Luis La Puerta (1811-1896), que en su ancianidad afrontó tareas distantes de sus posibilidades, en los difíciles momentos de 1879. Juan Francisco Balta (1806-1892), militar y político, estuvo muy cerca de su hermano José cuando éste desempeñó la presidencia del Perú.

En fin, Pancho Fierro, el acuarelista de la vida de Lima (1803-1879), es como un símbolo entre los mundos tan diversos que contempla en su vida.

Podría decirse que esta generación virreinal de Bolognesi es una de las que eventualmente sufre con mayor dureza íntima la desgracia de la guerra que muchos de sus miembros sólo descubren en sus primeras horas y que otros desde la distancia de la ancianidad contemplan con dolor y nostalgia de otros lapsos mejores en la vida de la República.

Podría decirse que estos hombres por su edad sienten menos que otros el tema de la guerra. Puede aceptarse como una hipótesis. No obstante, puede decirse en contrario que esta gente en su vejez y en la confrontación con otras épocas, vive un dolor muy severo.

Es la generación de la experiencia de la anarquía, de la lucha por un Estado sobrio; es la generación que sin duda en la ausencia de un sistema político permanente descubre unas raíces de la derrota.

Desde otro ángulo, los hombres de los años que ahora estudiamos, sin duda con pasmo, observan los adelantos, en otras épocas increíbles, en el orden de la ciencia y de la técnica. Nacen antes que llegue al Perú la navegación a vapor y mueren cuando los ferrocarriles vencen nuestras cordilleras y Bolognesi contemplará el uso del telégrafo en los días

inmediatos a su muerte heroica en Arica.

Es igualmente pasmoso el cambio en la historia humana que se desarrolla en este tiempo. Muchos de los integrantes de esta promoción nacen en los días del predominio o del ocaso de la época napoleónica y mueren cuando ya se ha confirmado la unidad de Italia y la unidad de Alemania.

En lo intelectual, esta gente se forma en los días virreinales y en el tiempo inicial de la República y vivirá los debates teóricos sobre el Estado fuerte o el Estado liberal; sobre la soberanía popular o la soberanía de la inteligencia.

La segunda generación es la de los hombres que nacen entre 1821 y 1839. Es la generación que podríamos personalizar en el Almirante Grau.

Miguel Grau nace en Piura en 1834 y muere en Angamos el ocho de octubre de 1879, con la admiración y el afecto de todos los peruanos. Tal vez nunca en la historia de nuestro país se ha presentado un caso como el de nuestro gran marino, muerto en el litoral que dominó como nadie y vencedor en su alta calidad profesional, en el heroísmo de su conducta y en la dignidad de su comportamiento todas las horas.

En tanto que navega en el Huáscar es la encarnación de todas las esperanzas del Perú e impone un tono, que es el suyo, a la marcha de la guerra.

Con Grau, hermano en el heroísmo, el General Cáceres (1833-1923), expresa vocación impertérrita para la lucha, coraje sin limitaciones, conocimiento profundo de las cosas peruanas. En su vida de anciano venerable es testigo de los debates jurídicos y políticos, en contorno del Tratado de Ancón, y muere en los años en que ya se anuncia el Perú moderno.

Otros hombres decisivos en los días del conflicto del sur pertenecen a esta generación. Lizardo Montero (1832-1905); Belisario Suárez (1833-1910); Isaac Recavarren (1839-1909), el valeroso defensor de Pisagua.

Nutrido es el conjunto de gobernantes del Perú que pertenecen a estos años. Nicolás de Piérola (1839-1913), Miguel Iglesias (1830-1909); Francisco García Calderón (1834-1905); Mariano Ignacio Prado (1826-1901); Remigio Morales Bermúdez (1836-1894); Justiniano Borgoño (1836-1929).

Buena parte de la historia de la guerra se encuentra en la vida de estos hombres coetáneos. Mucho de lo positivo o de lo adverso de esos días está ligado a las biografías de estos gobernantes.

Creo que son pertinentes algunas reflexiones. Como lo recordó en su

juventud José de la Riva-Agüero, a Piérola se le debe una participación vibrante en días en que la ausencia de un gobierno eficaz podría perturbar más aún la vida peruana, y se le debe, y esto estaría en la columna negativa del balance, una innecesaria intervención personal en la campaña de Lima cuando la decisión debió ser castrense, profesional.

En otra columna, esta vez positiva, habría que registrar en la vida de este hombre inteligente y polémico, su gobierno de 1895 a 1899, cuando con el sereno consorcio con los adversarios políticos que le aportaban su colaboración, ilumina el principio de un lapso de orden y de respeto a la legalidad.

El conocimiento histórico nos permite convocar bajo el mismo signo del recuerdo y la gratitud a hombres que en su hora asumen posiciones contrarias y excluyentes. En la misma generación de Cáceres es justo enaltecer a Miguel Iglesias, el bravo militar cajamarquino, Ministro de Guerra que lucha con bravura en el Morro Solar, contempla la muerte de su hijo y sigue impávido, fiel a sus deberes de militar y de hombre del gobierno. Nadie puede regatearle patriotismo y coraje. Tampoco se puede disimular el respeto que merece su decisión de encarar la derrota y buscar el Tratado de Paz como un mal necesario. En esta actitud no se le puede desconocer algo cercano al heroísmo moral, cívico.

En otro ámbito, es muy denso y significativo el conjunto humano de diplomáticos y políticos que forman parte de esta generación.

Como en un escarceo pueden mencionarse: José Antonio de Lavalle (1833-1893), hombre culto, fino escritor, vinculado a la historia de la guerra con Chile por la misión diplomática que se le encomendó en momentos extremos y dramáticos, y que desempeñó con dignidad y patriotismo; José Antonio García y García (1832-1886), profesor de derecho y diplomático, vivió intensamente las horas de la lucha; José María Quimper (1828-1902), hombre de estudio, político, uno de los liberales más notorios de nuestro siglo XIX; Manuel Irigoyen (1830-1912), diplomático y político con larga experiencia, es canciller de la República en las horas angustiosas del principio del conflicto de 1879; José de la Riva-Agüero (1827-1881), hijo del precursor de la Independencia y primer Presidente del Perú, su nombre está entretelado con la historia que ahora evocamos al firmar en nombre del Perú y como Ministro de Manuel Pardo el Tratado de Alianza con Bolivia, cuyo espíritu sereno y defensivo no aceptaron los chilenos; Camilo Carrillo (1830-1900), marino y político de intensa actuación, fue activo defensor del país en los días de la lucha; Luciano Benjamín Cisneros (1832-1906), hombre de derecho, profesor, periodista, político, vibrante defensor de causas célebres y polémicas.

También pueden citarse los nombres de José Antonio Barrenechea (1829-1889); Ricardo Wenceslao Espinoza (1837-1931); Francisco Rosas (1829-1900); Celso Bambarén (1833-1897); José Eusebio Sánchez (1823-1903); Pedro Correa y Santiago (1831-1892); Fernando Casós (1828-1881); Lino Alarco (1835-1903); Rafael Villanueva (1835-1931); diplomáticos, políticos, periodistas, hombres de negocio, encarnan en la segunda mitad del siglo XIX, diversos empeños directivos en la vida del Perú.

En el campo de los estudios históricos Mariano Felipe Paz Soldán (1821-1886), está en primerísimo lugar en esta generación de Miguel Grau, y es sin duda, con Manuel de Mendiburu, el gran historiador del siglo XIX y el fundador de la escuela histórica peruana del tiempo de la Independencia y de la guerra con Chile. Insigne peruanista, con su atlas famoso, con sus esfuerzos de político, y con su preocupación por la verdad en la exposición histórica y por la afirmación de los valores nuestros, es uno de los grandes constructores del Perú moderno.

Agustín de la Rosa Toro (1833-1886), combatiente en la guerra con Chile, debe recordársele por sus textos escolares; Juan Oviedo (1821-1885), ha quedado incorporado al campo de las fuentes históricas con la edición de su utilísima colección de leyes; José Casimiro Ulloa (1829-1891), médico preocupado por la enseñanza de su disciplina, participó en la Revista de Lima y ha dejado un útil estudio sobre la revolución de Pumacahua.

Es muy rico y preñado de variedades y matices el mundo literario. Esta generación de Grau es también la de Ricardo Palma (1833-1919), hombre que en su vida puede asociar el tiempo anterior a la Confederación Perú - Boliviana con las postrimerías de la primera guerra mundial en la quietud de su rancho en Miraflores. En esta hora debemos recordarlo no sólo por los grandes títulos que lo convierten en un peruano singular, es el creador de una forma literaria que asume el dato histórico y lo viste con la imaginación o lo transforma con su gracia, hay que citar aquí al hombre que con nuestros abuelos de los años ochenta ofrece un servicio permanente al Perú en la reconstrucción de la Biblioteca Nacional.

Con el gran tradicionista están Clemente Althaus (1835-1881), autor de bellas poesías; Luis Benjamín Cisneros (1837-1904), a quien siempre recordaremos por Aurora Amor y de Libres Alas, y por un bello texto sobre San Martín; Carlos Augusto Salaverry (1830-1891), poeta finísimo, autor de Albores y Destellos y Cartas a un Angel, entre otros textos muy limpios.

Hombre fundamental de esta generación es Pedro Paz Soldán y Unanue (1839-1895), diplomático, desempeña funciones importantes en los momentos cercanos a la guerra con Chile, hay que citarlo aquí como el Juan de Arona de nuestra literatura, el periodista irónico y festivo del "Chispazo", el autor del "Diccionario de Peruanismos" y de tantos y tantos textos ligados a la vida del hombre peruano de esos años.

Difícil establecer esquemas o jerarquías, pero de un modo o de otro, con uno u otro criterio, es Arona uno de los grandes peruanos de esta generación.

En fin, no puede omitirse el nombre de José Arnaldo Márquez (1831-1903), estudioso, viajero, autor de teatro, periodista, traductor.

Teresa Gonzales de Fanning (1836-1918) y su esposo el ilustre y valeroso marino Juan Fanning (1824-1881), integran un matrimonio ilustre del tiempo que ahora recordamos. Fue doña Teresa una mujer culta y fina, escritora, creó un Colegio que significa un hito importante en la historia de nuestra educación. Su esposo, marino con larga historia, participa activamente en la guerra con Chile y lucha con bravura en la Batalla de Miraflores al mando del Batallón "Guarniciones de Marina" y entregó su vida por la patria.

Con José Sebastián Barranca y Pedro Ruiz Gallo, concluimos el esquema de esta generación. Barranca (1830-1909), es un hombre muy interesante: matemático, devoto de las ciencias naturales, conocedor de las lenguas clásicas, estudioso del quechua. Es en su generación un hombre valioso y muy singular en su dedicación intelectual.

El caso de Ruiz Gallo (1838-1880), es interesantísimo y con una virtud de creación y de anuncio de grandes adelantos científicos y técnicos. Militar, explorador, inventor de múltiples instrumentos, creador del gran reloj que entre sus alardes y evoluciones presentaba nuestro Himno Nacional. Murió heroicamente cuando se dedicaba a perfeccionar un torpedo, en abril de 1880. Ruiz Gallo debe permanecer como un símbolo de lo que puede la inteligencia, la fidelidad a la propia vocación, la constancia, la habilidad.

Igualmente, pertenece a esta generación, por cronología, formación y preocupaciones, el fundador del partido civil: Manuel Pardo y Lavalle quien muere asesinado en 1878. No sólo queda trunca la vida de un peruano de sólida calidad intelectual, moral y directiva, aparte simpatías o desafectos, queda, además, abierta la pregunta ¿cuál habría sido la obra de Pardo en los días terribles que contempló desde lejos?.

Unas reflexiones como colofón de este grupo humano. Esta

generación de Miguel Grau y de Ricardo Palma, de Ruiz Gallo y de Juan de Arona, puede entenderse como la generación decisiva y central del siglo XIX e irremplazable para estudiar la guerra con Chile y la sociedad peruana de la segunda mitad de la última centuria.

Hombres que viven la época de Castilla y que son actores el Dos de Mayo de 1866, que pertenecen al tiempo pleno de la revolución industrial, asisten también al auge pasajero en nuestra vida económica.

Un político como Quimper, un romántico como Salaverry, un hombre de negocios como Correa y Santiago, un inventor como Ruiz Gallo, encarnan modos muy característicos.

Es difícil establecer los límites cronológicos de la tercera generación que llega a 1879. Si la primera, la de Bolognesi, es la generación de los ancianos; si la segunda, la de Grau, es la generación de los hombres maduros; ésta, la de Alfonso Ugarte, Espinar, Elías Aguirre, Ferré y Leoncio Prado, es la generación de los hombres jóvenes; de los hombres, que cuando llega la guerra oscilan entre los diecisiete y los treintinueve años, son los peruanos que han nacido entre 1840 y 1861.

Evidentemente el lapso de veintiún años es mayor que el que habitualmente se reconoce en una generación. Sin embargo es como un punto medio entre los hombres maduros de la generación anterior y los adolescentes y niños de la siguiente. Aparte la cronología muy amplia, el concepto de hombre joven es el que preside.

Es muy importante el núcleo de heroicos combatientes. Están Elías Aguirre (1843), y Diego Ferré (1844) ambos muertos heroicamente en Angamos, con el ejemplo de coraje humano, de categoría profesional y de dignidad que aprendieron en el diario ejemplo de Grau; Ladislao Espinar (1843), el valeroso cuzqueño que es en San Francisco un ejemplo de bravura; Alfonso Ugarte (1847), que puede ser un paradigma de la juventud peruana de esas horas, en defensa del Perú y de su Tarapacá cercano; Leoncio Prado (1853-1883), quien muere en Huamachuco con ejemplar serenidad.

Entre los combatientes en Angamos, que cumplen ampliamente con su deber, y que no mueren en la acción misma, hay que citar a Fermín Diez Canseco (1854-1889), y Manuel Melitón Carbajal (1847-1935), valeroso marino y geógrafo ilustre y que en pleno siglo XX fue entre nosotros un testimonio de los días de la lucha por la integridad del Perú.

Juan Martín Echenique (1841-1931), de activa participación en la campaña de Lima, pertenece al mundo de los combatientes de esa hora.

Entre los gobernantes del Perú que integran esta generación puede

mencionarse a Eduardo López de Romaña (1847-1912); a Manuel Candamo (1841-1904); a Guillermo Billingham (1851-1914).

Es interesante el conjunto de juristas y políticos. Alberto Elmore (1844-1916); Alejandro Arenas (1842-1912); Antero Aspíllaga (1849-1927); Enrique Bustamante y Salazar (1842-1907); César Canevaro (1846-1922); Mariano Nicolás Valcárcel (1852-1921); Francisco J. Eguiguren (1855-1921); Ricardo Bentín (1853-1921); Isaac Alzamora (1850-1930); José Salvador Cavero (1850-1940); Luis Felipe Villarán (1845-1920); Jorge Polar (1856-1932); Cesáreo Chacaltana (1845-1906); Melitón F. Porras (1860-1944).

En el mundo eclesiástico, dos ilustres prelados pertenecen a esta generación: Manuel Tovar (1844-1907), y Mariano Holguín (1860-1945). Tovar, hombre culto, orador sagrado de gran prestigio, escritor limpio, es Arzobispo de Lima. Holguín, franciscano fino y muy virtuoso, desempeña la administración apostólica de Lima y desempeña contra su voluntad transitorias funciones políticas directivas; se le recuerda como Obispo de Arequipa.

Tres hombres representativos de nuestro periodismo pertenecen a esta generación: José Antonio Miró Quesada (Panamá 1845 - Lima 1930), por muchos años director de El Comercio y hombre entregado con cariño a su profesión y a grandes causas nacionales, se incorporó plenamente a la vida peruana; Luis Carranza (1843-1898), con Miró Quesada director de El Comercio, médico, político, connotado dirigente del partido civil, participó en la defensa de Lima y su nombre está vinculado con los estudios geográficos; Andrés Avelino Aramburú (1845-1916), periodista toda su vida, fundador de la Opinión Nacional, diario indispensable para el conocimiento del Perú de los años setenta; Manuel Moncloa Covarrubias (1859-1911), combatiente en la defensa de la Capital, redactor en diversos diarios y revistas, se le recuerda muy vinculado con la historia del teatro en el Perú. Es posible que se señale a esta generación como un hito fundamental para el periodismo peruano. Por una vía contraria cabría preguntar ¿cómo se entendería el periodismo nuestro del siglo XIX sin Miró Quesada, Carranza, Aramburú? .

En el ambiente de la educación, la filosofía y los estudios sociales, pueden mencionarse algunos nombres. Sebastián Lorente y Benel (1854-1919); Pedro A. Labarthe (1855-1905); Joaquín Capelo (1852-1925); Alejandro O. Deustua (1849-1945), profesor que representa una época en la vida de la Universidad de San Marcos, diplomático, gran lector, trabajador y severo, tiene una ubicación significativa en todo

estudio que intente coordinar el desarrollo de la filosofía en el Perú.

Los estudios históricos, en la generación siguiente a la de Mendiburu y Paz Soldán, tienen en el conjunto que ahora estudiamos, a hombres muy notorios. Autores de trabajos generales sobre el Perú, eruditos, editores de documentos, defensores de los derechos del Perú, autores de textos escolares, sostenedores de la tesis peruana en la Independencia y en el conflicto con Chile, la historiografía contemporánea nuestra no puede olvidar a los peruanistas de este tiempo. Nemesio Vargas (1849-1921); Carlos Wiesse (1859-1945); José Toribio Polo (1841-1919); Félix Cipriano Coronel Zegarra (1846-1897); Rómulo Cúneo y Vidal (1856-1931); Pablo Patrón (1854-1910); Eugenio Larrabure Unanue (1844-1916); Ricardo Aranda (1849-1922); Domingo de Viveros (1853-1901).

El mundo de la novela tiene en esta generación a dos representantes ilustres. Mercedes Cabello de Carbonera (1845-1909), y Clorinda Matto de Turner (1854-1909), cuzqueña, que muere en Buenos Aires, autora de "Aves sin Nido", interesante para el análisis de la actitud frente al hombre andino.

Otros nombres muy ligados a nuestra creación literaria pertenecen a este conjunto humano. Federico Elguera (1860-1928), combatiente en la defensa de Lima, autor de bellos textos muy ligados al propio ambiente, se le recuerda con Federico Blume como el F + F de nuestra literatura costumbrista; Teobaldo Elías Corpancho (1852-1920), como Elguera, defensor de Lima, colaborador de múltiples revistas y periódicos, nos ha dejado su lira patriótica; Acisclo Villarán (1841-1927), luchó como los anteriores en la campaña de Lima, autor de bellas poesías y de obras de teatro; Abelardo Gamarra (1850-1924), periodista, participó en la defensa de Lima, ha dejado una múltiple y valiosa bibliografía, y a nuestro baile costeño típico le dio el nombre de marinera como una exaltación más de la gloria de Grau.

El ámbito de la creación artística tiene dos representantes ilustres. Daniel Hernández (1856-1932) y Teófilo Castillo (1857-1922).

Hombre peculiar en esta generación es José María Valle Riestra (1858-1925), músico, autor de diversas óperas.

Pueden consignarse otros nombres con personalidad muy peculiar, con obra también peculiar. Pedro Portillo (1856-1916), participó en la defensa de nuestro país y su nombre pertenece a la historia de la amazonía.

Federico Villarreal es otro ilustre peruano de la época (1850-1923), matemático, publicó múltiples trabajos de su especialidad, fue profesor de

la Universidad de San Marcos.

Daniel Alcides Carrión (1857-1885), es un símbolo en las horas terribles que vivió el Perú, de preocupación científica y de voluntad de servicio a los hombres. Tal vez los sufrimientos de la guerra y la zozobra de las horas de la ocupación, fortalecieron en su espíritu la disciplina y el rigor.

Hombre con personalidad muy definida, con fuerza polémica y con dominio del idioma, Manuel Gonzales Prada puede ser en lo intelectual una de las figuras representativas de la generación. Además, la apreciación de la guerra, el análisis de las responsabilidades, y una visión muy fuerte, muy aguda, y en muchos casos muy ácida, lo incorpora plenamente no sólo al mundo cronológico de la generación, sino a los grandes temas del momento. Podría decirse que esta generación que encarnamos en Alfonso Ugarte, en Aguirre, en Ferré, en Espinar, en Leoncio Prado, puede tener otro nombre en este gran escritor necesariamente polémico.

La generación de los hombres jóvenes, que ingresa a la guerra con generosidad, sin odio, sin ambición alguna sobre el país que los incorpora a la lucha, es sin duda una de las que vive el conflicto con mayor vigencia. Por razón de edad, salvo los que se encuentran geográficamente aparte, todos participan en la lucha. Son hombres que en su niñez o adolescencia han visto la obra de quietud y progreso de Castilla, y han contemplado más tarde los días de triunfo del Dos de Mayo. Nacen cuando los buques a vapor navegan por nuestro mar, y muchos llegan a este siglo, y algunos como Alejandro Deustua o Carlos Wiese, en ejemplos de bella longevidad llegan hasta las postrimerías de la segunda guerra mundial.

En el orden intelectual, si bien la generación anterior podría ser la romántica, ésta registra a hombres de letras dedicados a los temas del ambiente social; es la hora del positivismo, de manifestaciones regalistas y actitudes de laicismo.

La cuarta generación, la última de las que llegan a los días de la guerra, es la de quienes son niños o adolescentes en abril de 1879. Es el caso de quienes han nacido entre 1863 y 1879; los hombres que oscilarán entre uno y dieciséis años, cuando se inicia el conflicto. Es un caso interesante el de esta generación. Muchos, por razón de sus poquísimos años no participan directamente en las acciones bélicas, mas en la conversación familiar, en el diálogo con los padres y los mayores, en alguna escena que ha quedado indeleble en el espíritu, son hombres que vivirán la guerra, y sobre todo sus durísimas consecuencias. Además, quienes están en posibilidad de llevar armas, participan directamente en la acción

beligerante.

Desde otro ángulo, esta generación es un nexo entre los días de la guerra y la acción que muchos desarrollan muy entrado el siglo XX. Del mismo modo que la generación de Bolognesi es el nexo entre el virreinato y la guerra misma, esta generación de José Pardo y de Leguía, de Chocano, de Eguren, de López Albújar y de Baca Flor, es el enlace entre la época de la lucha y el mundo de nuestra centuria. Entre una y otra generación podemos pensar en ciento cincuenta años de vida peruana.

Hombres decisivos en la vida política peruana de este siglo, pertenecen a la generación que ahora estudiamos. José Pardo y Barreda (1864-1947); Augusto B. Leguía (1863-1932); Oscar R. Benavides (1876-1945); David Samanez Ocampo (1866-1947).

A parte de los que desempeñaron la jefatura del Estado, deben mencionarse entre juristas y políticos a algunos hombres dirigentes de la vida contemporánea nuestra. Manuel Vicente Villarán (1873-1958); Felipe de Osma y Pardo (1865-1924); Mariano H. Comejo (1867-1942); José Matías Manzanilla (1867-1947); Javier Prado (1871-1921); José María de la Jara y Ureta (1879-1932); Francisco Mostajo (1874-1953); Augusto Durand (1871-1923); Ricardo Leoncio Elías (1874-1951); Solón Polo (1871-1934); Alfredo Solf y Muro (1872-1969) Francisco Tudela y Varela (1876-1962).

En diversos campos científicos se registran nombres interesantes. Alberto Barton (1870-1950), médico, se le recuerda como el descubridor del germen de la verruga; Scipión E. Llona (1864-1946), experto en sismología; Carlos Fermín Fitzcarrald (1862-1897), profundo conocedor de la geografía amazónica, hombre de estudio y cauchero; Manuel Antonio Mesones Muro (1862-1930), explorador como Fitzcarrald, descubrió el abra de Porculla, el punto más bajo para cruzar nuestra cordillera de los Andes. El marino Manuel Clavero (1879-1911), pertenece al oriente nuestro y participa en el combate de la Pedrera, en el conflicto con Colombia.

En el medio de la educación debe mencionarse el caso de Elvira García y García (1862-1951), mujer que desarrolló una fecunda labor pedagógica.

En esta generación el grupo de los historiadores es interesante pero no tiene la fuerza de otras épocas. La figura más notoria es la de Carlos A. Romero (1863-1956), bibliófilo y erudito; el padre Domingo Angulo (1879-1941), igualmente bibliófilo y estudioso de la vida de Santa Rosa; Manuel C. Bonilla (1873-1964), estudioso de nuestra historia militar, ha dejado valiosas monografías dedicadas al tiempo de la Emancipación;

Pedro Dávalos y Lissón (1863-1942), publicó diversos estudios sobre el Perú de fines del siglo XIX y principios de nuestra centuria.

La promoción de poetas y literatos es muy valiosa; están presentes José Santos Chocano (1875-1934), el hombre que cantó a la gloria de nuestros héroes; Carlos Germán Amézaga, luchó en la Batalla de Miraflores y ha dejado bellas poesías y otros testimonios de creación literaria; Hernán Velarde (1863-1935), diplomático, luchó en Miraflores y entre sus textos está la bella "Lima de Antaño"; José María Eguren (1874-1942), poeta simbolista, hombre sobrio y muy fino; Angélica Palma (1878-1935), hija de nuestro tradicionista, mujer muy culta y delicada escritora; Zoila Aurora Cáceres (1877-1958), muy cercana a la vida y al afecto de su padre, el Mariscal Cáceres, dedicó especial empeño al estudio de la "campaña de la resistencia"; Enrique López Albújar (1872-1966), profesor, magistrado, autor de "Cuentos Andinos", "Matalaché", "De mi Casona"; Federico Blume (1863-1936) periodista, autor de las "Letrillas", con Federico Elguera.

El Periodismo desde muy diversos ángulos, aparece en hombres con diversas y muy específicas vocaciones. Antonio Miró Quesada de la Guerra (1875-1935), director de El Comercio, se dedicó a un periodismo social, político e ideológico; Clemente Palma (1872-1946), hombre de actividad múltiple, sus colaboraciones en revistas y periódicos son fundamentales para el conocimiento de la época; José María Barreto (1875-1948), autor de bellas crónicas que firmaba como René Tupic, en muchos de sus textos se refleja su espíritu de tacneño. Eudocio Carrera, también pertenece al mundo de los que nacen en 1879.

En el ambiente de las artes plásticas hay que citar a un ilustre pintor y retratista nuestro, Carlos Baca Flor (1867-1941).

Luis Duncker Lavalle (1874-1922), músico, hombre muy culto con formación clásica y conocimientos científicos, autor de "Quenas", composición de tema peruano; Daniel Alomías Robles (1875-1942), músico, autor de valiosos textos musicales con inspiración en el ambiente nuestro.

Dos arzobispos de Lima en pleno siglo XX, pertenecen a esta generación: Emilio Lissón (1872-1961), y Pedro Pascual Farfán (1870-1945), ambos hombres de clara virtud y de dedicación apostólica.

Podría decirse que los hombres de esta generación no viven el tema de la guerra. Sin embargo, esto no es verdad. Antes se indica como este conjunto humano recibe por vivencia directa el contacto con la guerra, o es la tradición familiar y la experiencia del dolor que sufre la República, una

muestra clara de los sucesos terribles.

Desde otro punto de vista, es importante reiterar cómo esta generación lleva el tema de la guerra a nuestro siglo y al esfuerzo de la reconstrucción, y cómo participa, según la vocación personal, en los debates políticos y jurídicos, que se desarrollan en todos los rincones del Perú en contorno del cumplimiento del Tratado de Ancón.

Es ilustrativo presentar algunos casos de hombres que nacen durante el tiempo de la guerra y de la ocupación del Perú. En 1880, nacen Luis Miró Quesada y Julio C. Tello. En 1881, Rosa Mercedes Ayarza de Morales y Leonidas Yerovi. En 1882, Juan Gualberto Guevara, sacerdote arequipeño, párroco que sufrirá los efectos de la "chilenización", más tarde Arzobispo de Lima y primer Cardenal de la Iglesia en el Perú.

Muchos son los hombres que nacen en otros extremos del mundo y que se unen al Perú por su dedicación intelectual o por su arraigo en lo nuestro.

Procede citar algunos casos concretos. Federico Blume y Othon, que nació en la Isla de Santo Tomás, en el Caribe, y que se unió desde la década de 1860 a la vida del Perú. Ilusión de toda su vida fue la construcción de un submarino en el cual hubo esperanzas en los días de la guerra. Su nombre ha quedado unido a la vida del Perú.

Carlos Prince (1836-1919), es otro caso muy valioso. Nació en París y murió en Lima. Hombre dedicado a las tareas de imprenta, nos ha dejado interesantes bibliografías y diversos estudios históricos.

Eduardo de Habich, que nació en Varsovia en 1835 y murió en Lima en 1909, vino al Perú para trabajar en el adelanto de los estudios científicos y técnicos, y se le reconoce como fundador de nuestra antigua Escuela de Ingenieros.

Otro hombre muy ligado a nosotros, educador, poeta, periodista, es Numa Pompilio Llona; nació en Guayaquil en 1832 y vivió entre nosotros hasta el principio del conflicto.

Sebastián Lorente, Clemente R. Markham, Antonio Raymondi, español, inglés, italiano, son tres insignes peruanistas desde todos los ángulos de su actividad.

Lorente, nació en Murcia en 1813 y murió en Lima en 1884. Historiador, maestro, profesor en el Colegio Guadalupe y en San Carlos, autor de valiosos textos escolares, más tarde fue profesor de la Universidad de San Marcos. Editor de valiosos textos, hombre que sufrió las consecuencias de la guerra, le debemos una Historia del Perú desde los días prehispanicos hasta la Independencia.

Sin poner énfasis en el aspecto de la residencia física, Markham (1830-1916), marino, viajero, con preocupación por la historia y las ciencias naturales, aparte múltiples y valiosos estudios, hay que mencionarlo como el autor de "La guerra entre Perú y Chile", claro y didáctico estudio en el cual se afirma la justicia de la causa nuestra.

Es justo, y es un símbolo, perfeccionar esta memoria de hombres ilustres con la mención de Antonio Raymondi, el gran peruanista que nace en Milán en 1826 y muere en San Pedro de Lloc en 1890. Muy difícil en una breve ficha decir siquiera algo que se acerque a la profundidad y a las consecuencias de la obra de Antonio Raymondi. Naturalista, viajero, observador insigne, minucioso recopilador de información, su obra "El Perú", que principió a editarse sólo cinco años antes de la guerra, es un trabajo sin el cual hoy día no es posible estudiar al país. Tal vez, en todas las épocas de nuestra historia, puede ser Raymondi el modelo del hombre que nace en otras comarcas y que dedica su vida al estudio de las cosas peruanas.

Antes de la conclusión de este trabajo interesa proponer algunas reflexiones de orden general que tienen mucho que ver con los recuerdos y con las experiencias de quienes, con una u otra edad, viven de un modo u otro la dolorosísima experiencia de la lucha.

En el fondo del espíritu, como un legado muy viejo de todas las generaciones peruanas, está presente en el alma de los nuestros; el Perú con señorío y función rectora en América que no obstante crisis cercanas, aún pervive. No es lo que hoy podría entenderse como complejo de superioridad, pero si es la conciencia clara del peso de una historia muy digna y muy rica.

Dos hechos que fueron en su hora noticia sensacional y terrible, no se han olvidado. Me refiero a la Revolución de los Gutiérrez en 1872, y al asesinato de Manuel Pardo, en 1878.

Nuestra gente, considera el ingreso a la guerra como un acto insoslayable de justicia que tiene que realizar el Perú.

Quienes están ubicados en altos niveles directivos, saben más directamente cómo es precaria la fuerza militar y naval del Perú, mas, no se reduce la voluntad de luchar por una grave razón de orden moral.

Millares y millares de peruanos no imaginan siquiera la debilidad inmediata nuestra y piensan sólo en castigar al país agresivo e invasor. Hay que subrayarlo. El principio de la guerra se observa como un acto de justicia.

Doloroso y muy difícil es acercarnos a la vivencia de nuestros abuelos

de esos años y descubrir en la intimidad de esos hombres el proceso que poco a poco, en sumas de dolores y desgracias, los acerca a la derrota. Primero es la esperanza en una acción de Grau y de su gente. Luego, es la ilusión de detener la invasión del territorio en Tarapacá, en Tacna y en Arica. Más tarde, la preparación de la defensa de Lima, como esperanza final de la República. Y los días de heroísmo civil de la ocupación; y la gesta de Cáceres cuando sólo con el patriotismo suyo y de su gente forma un poderoso ejército; y la firmeza de García Calderón para no aceptar una paz con entrega de territorio; y el dolor de nuestros prisioneros en Chile; y el coraje moral de quienes piensan que aceptar la derrota era una de las mejores formas de patriotismo; y está, en fin, como colofón de esta secuencia de esperanzas, dolores y heroísmo, el esfuerzo humano, el debate jurídico y diplomático en contorno del cumplimiento del Tratado de Ancón y el empeño por recuperar Tacna y Arica frente al dolor de la entrega de Tarapacá.

En esta guerra que es como una línea muy clara que separa dos épocas de la vida peruana, está presente en los ancianos, en la gente madura, y en la juventud, como en un fresco de dimensiones gigantescas, toda la vida de un pueblo viejo que lucha por su subsistencia en una guerra que jamás buscó, para la cual no estuvo preparado, y a la cual ingresó por respeto a Tratados internacionales y por la fidelidad que merecía un pueblo amigo.

En esta escena extensa y profunda, en contorno de Grau y de Bolognesi, cerca de Cáceres, de Espinar y de Leoncio Prado, al lado del "soldado desconocido" que enaltece Basadre en bello texto, cerca también de la familia anónima nuestra que soporta con estoicismo la pesadumbre de la ocupación, están juristas notables: Francisco García Calderón y Manuel Vicente Villarán; historiadores como Mendiburu, Paz Soldán y Carlos Wiese, niño al principio de la guerra; hombres de letras como Ricardo Palma, Salaverry o Gonzales Prada, maestros universitarios como Alejandro Deustua; y hombres significativos y peculiares como Ruiz Gallo, Fitzcarrald y Daniel Carrión, al lado de artistas como Pancho Fierro y Daniel Hernández.

Este es el Perú, en la vida de algunos de sus hombres representativos y dirigentes que llega a la guerra y la vive en toda su dimensión.